

CAPÍTULO 16

Conspirando

Un regüeldo de Pankow alteró la monotonía de la reunión que mantenían los militares en los almacenes del barco. El Estrella del Polo acogía en sus entrañas un habitáculo antártico que debía haber entregado a la base argentino-alemana de Jubany. Seis científicos habían esperado en vano a que el buque alemán les llevara esa caseta acondicionada para pasar dos meses, incomunicados, en medio del mar helado estudiando la conducta de los pingüinos y de las focas de Wedell. La explosión de los motores deshizo los planes de los investigadores antárticos y Wolf decidió almacenar en la caseta isotérmica las 12 cajas de vino que había comprado en Suráfrica, durante la atropellada gira por las bodegas de Ciudad del Cabo con Tomás y con Marc. Sólo él y el encargado de la intendencia de a bordo, Tom, tenían la llave del habitáculo, pero a Huty le costó poco forzar la cerradura cuando decidió que aquél era el lugar más apropiado para celebrar las reuniones que realizaban a escondidas del resto del pasaje. Nadie de la tripulación técnica ni de los equipos científicos, incluido el confiado Wolf, tenía por qué desplazarse a esa zona recóndita del barco.

-Por gilipollecas como ésta nos van a descubrir –dijo Squarciarino, mirando con desprecio a Pankow. El sargento estaba apoyado en el quicio de la puerta para controlar que nadie acudiera al almacén. Sostenía una botella de vino tinto que había sacado de una de las cajas cuidadosamente embaladas en la bodega.

-No te metas donde no te llaman, ¿de acuerdo? Este vino da asco –dijo, antes de escupir sobre la pared el trago que le había dado a la botella.

-Por favor, dejen de interrumpir por tonterías –dijo Huty, tratando de calmar a su fiel sargento sin importunar al coronel italiano. El jefe del equipo de militares sabía que sin Cuiak, Jacqui y la hondureña Vázquez, los tres miembros que entraron en la operación de la mano de Enrico Squarciarino, culminar con éxito la misión que debían afrontar era sencillamente imposible. El americano sabía que Squarciarino era un hombre de acción, pero consideraba que tendía a pensar demasiado y eso lo incomodaba. Era un militar del mismo rango que Huty y de una trayectoria impecable. Nunca había fallado en sus 19 años de servicio en el cuerpo de elite de submarinistas de la OTAN. A pesar de las profundas

discrepancias existentes entre los dos altos mandos, Hutter había sido nombrado jefe de la misión antártica, en la que se le había impuesto la presencia de Squarciarino y de tres de sus más fieles colaboradores. Por esas razones Hutter se veía obligado a parar los pies a Pankow, que se había convertido en una suerte de escolta del jefe, y a Alex, un experto en informática, dos militares alemanes que sólo concebían recibir órdenes del jefe superior de la expedición y que no respetaban lo más mínimo a Squarciarino, a pesar de que era de rango superior a ellos. Los otros tres miembros del equipo de Hutter eran los *marines* Baldin y Morrison, dos discípulos suyos aventajados, y el joven submarinista canadiense Pole.

-Estamos donde queríamos estar –continuó Hutter, tras lanzar una severa mirada a Squarciarino. Hablaba en voz baja y en el tono solemne de quienes se van a sumergir en la misión más importante de sus vidas-. El capitán sabe que planeamos algo y debemos evitar que hable. Sé que no tiene pruebas de nada y que, de momento, lo tenemos a nuestro entero servicio. El vídeo con aquella sueca lo tiene petrificado. Buen trabajo, Pankow –la mirada severa de Hutter buscó la complicidad de Pankow, cuyo rostro se regocijó como el de un perrito faldero al que su amo acaba de dar una corteza de queso-. Pero no me gustaría que cambiara de actitud –añadió, clavando sus ojos en los del militar alemán-. Ahora debemos actuar. Bajo el casco de este barco se encuentra la montaña submarina descrita hace dos años por el submarino nuclear Lincoln. Es una montaña asimétrica cuya la falda inferior baja hasta los 450 metros. Ahora nos encontramos a unos 50 o 60 metros de profundidad.

-¿Cómo vamos a justificar nuestra actividad ante los demás? –a pesar de su relativa juventud, Vázquez era una militar madura y le preocupaba trabajar rodeada por civiles que no tenían ni la menor idea de lo que realmente estaba ocurriendo a bordo.

-Piénselo, Vázquez –le respondió Hutter, seguro de sí mismo-. Ya que estamos aquí, ¿por qué no podemos dar un garbeo? ¿Por qué no podemos aprovechar el tiempo para trabajar?

-¿No despertará sospechas que tengamos una máquina para trepanar el hielo? –Pole se había incorporado superando su paralizante timidez. El chico estaba tenso y, desde que se embarcaron, se había sentido desplazado. Era el segundo informático después de Alex, tenía una gran experiencia en buceo y estaba a las órdenes directas de Hutter. Pero admiraba

a Squarciapino. Se encontraba entre dos aguas en la tormenta que se estaba fraguando entre los dos grupos de militares.

-No tiene por qué –el que respondió fue Enrico Squarciapino-. Simplemente tendríamos que evitar a los curiosos, tal vez trabajando lejos del barco. Pero se acerca el invierno y dudo que el capitán nos permita desplazarnos del barco más de unos cuantos metros.

-Eso tiene solución -la cara de Hutty expresaba la mayor satisfacción. Por una vez, su rival estaba de acuerdo con él en algo.

-Sí, yo tampoco me preocuparía por eso –a Pankow se le caía la baba.

-Pero ante los científicos habrá que dar alguna explicación y no me parece fácil convencerles de que vamos a desplazarlos medio kilómetro para hacer algo que podríamos hacer aquí al lado –era la primera vez que Jacqui pronunciaba tantas palabras seguidas en presencia de todo el grupo. Y siguió hablando-: Yo, sinceramente, lo haría a la vista de todos. Nadie sabe lo que realmente hace nuestra máquina y, por muy cerca que estén los científicos, lo que puedan ver en la superficie no les dará ninguna pista.

-Yo estoy de acuerdo con Jacqui –dijo Cuiak-. La gente se está aburriendo cada día más. Así les daremos una distracción. Cuando nos pidan explicaciones, nos inventamos cualquier cosa y listo.

-Estamos de acuerdo todos, imagino –Hutty jugueteaba con un lápiz haciéndolo girar entre sus dedos-. Le diré al capitán que realizaremos unas maniobras con nuestro instrumental de prospección y que no queremos que se monte un circo a nuestro alrededor. No pondrá problemas. Además, será mejor trabajar cerca del barco por si surgen complicaciones.

-¿Qué tipo de complicaciones? –preguntó Squarciapino, algo preocupado.

-No sabemos cómo funcionará el artilugio ni, por lo tanto, si nos causará problemas –explicó Hutty, todavía embaucado por el buen *feelling* que tenían todos en ese momento-. Los únicos que pueden conducir la máquina con éxito son Alex y Vázquez. Con la ayuda de Pole, por supuesto –añadió mirando al joven soldado.

-Creí que habíais realizado un experimento con el prospector en Alaska y que todo funcionó a pedir de boca –comentó alertado Squarciapino-. Supongo que el riesgo es mínimo.

-Yo también –Hutty quiso tranquilizar a sus subordinados-. La prueba de Alaska no salió mal, pero...

-¿Pero...? –Squarciapino empezó a sudar frío. Una operación como la que les había sido encomendada no podía tener ningún cabo suelto.

-Simplemente hubo un pequeño problema con el software del ordenador de la máquina. Se arregló. Ahora está a punto. Fin de la historia –explicó Hutty.

-¿Seguro? –curioseó Squarciapino, nada convencido por la explicación del jefe-Entonces ¿qué problema puede haber? No lo entiendo.

-Pues deberías. Un científico con tu carrera debería saber que en cualquier experimento pueden surgir complicaciones –Hutty zanjó el tema apartando la mirada de Squarciapino y continuando con su explicación-. Estamos sobre la veta del “metal” descrita por los geólogos del ejército norteamericano hace dos años.

-¿Cómo sabemos con certeza que estamos encima? –preguntó Cuiyak, con la mayor discreción.

-La montaña que tenemos debajo de nuestros pies está repleta del... “mineral estratégico”, señores... y señora. Toda la maldita colina sobre la que estamos encallados es un tesoro–las preguntas de Squarciapino y de sus compañeros lo estaban poniendo nervioso-. ¡No piensen, coño! No es necesario darle demasiadas vueltas a este asunto. No nos interesa para quién trabajamos. Sólo nos interesa que estamos enfrascados en una operación de altísimo secreto. Tenemos que bajar el maldito trasto, que salgan los microrrobots, que recojan muestras, las analicen y listo, cada uno a su casa, con la vida resuelta. No es tan difícil.

Los diez militares presentes se quedaron en silencio. Cada uno reflexionaba sobre las palabras de Hutty. La misión por la que iban a cobrar un dineral que jamás habrían podido imaginar parecía fácil. Se trataba de recoger muestras del misterioso metal, algo, hasta entonces, imposible de lograr por impedimentos técnicos. La máquina que habían

transportado en el Estrella del Polo, sin embargo, permitiría extraer el mineral trabajando a altas presiones bajo el agua de forma semi-autónoma. Estaba diseñada para soportar las condiciones climatológicas más adversas, como las del continente blanco. Era la mejor manera de expoliar la Antártica, un sueño perseguido por las multinacionales desde hacía décadas.

-Toda esta misión me parece una inmensa estupidez –la voz helada de Squarciapino puso en pie a Huttery. El italiano, antes de que el jefe articulara palabra, razonó su comentario-. Sinceramente, creía que todas las pequeñas rencillas que hemos tenido entre nosotros se olvidarían cuando pasáramos a la acción. De alguna manera, nuestra situación ha sido como la que están viviendo ahora los investigadores de este barco: no tienen nada que hacer, se aburren, se pelearán, se odiarán, acabarán hartos los unos de los otros con tanta inactividad. Nosotros ya hemos superado esa fase: hemos discutido, nos hemos llegado a pelear y nos hemos aburrido muchísimo –todos lo escuchaban en silencio, incluso Huttery, que había vuelto a sentarse-. Ahora pasamos a la acción y resulta que nada está claro: vamos a probar una máquina de la más moderna tecnología que robó el ejército chino en Alaska y que “alguien” les “pidió prestado” de nuevo pelándolos en medio del hielo; nos meten con calzador en una expedición científica, implicando así a un barco civil en un asunto militar; durante la travesía nos comportamos como autistas; bloqueamos el buque en medio del hielo... –justo cuando Huttery volvió a levantarse para cortar al italiano tajantemente, éste añadió-: pero en fin, hemos hecho todo esto para cumplir un objetivo y lo cumpliremos. No sabemos exactamente quién se va a beneficiar de nuestra arriesgada misión, pero una orden es una orden.

-Tú lo has dicho –dijo Huttery-. Cumpliremos nuestro objetivo y, con suerte, no volveremos a vernos nunca más. Pero la misión hay que realizarla sin fisuras. No quiero bobadas, sólo resultados. Y los quiero inmediatamente: dentro de un par de semanas el barco será una locura, con gente histérica por todas partes. Hay que actuar rápido.

Los diez militares abandonaron el habitáculo clandestino con una sola idea clara en la cabeza: había que cumplir una orden. No sabían si las condiciones serían las adecuadas ni el grado de peligro que entrañaba la misión. Obedecían órdenes. No debía importarles nada más.

El último en salir fue Squarciapino.

-Lo que hiciste con ese chaval fue una gilipollez, *rambito* –le dijo a Pankow, que permanecía en el quicio de la puerta para cerrarla cuando hubiesen salido todos. Lo agarró con fuerza por el brazo para amenazarlo-: cuando volvamos me encargaré de que tengas problemas. Eres incapaz de comprender que estás entre civiles y que cualquier agresión puede traer más complicaciones de las que te imaginas. No quiero más gilipolleces, soldado.

Pankow trató de zafarse, pero se contuvo cuando vio que Cuiak, Jacqui y Vázquez lo contemplaban en la misma entrada del refugio.

-Eres un mierda, italiano –fue lo único que se atrevió a decir Pankow. El temblor de sus palabras podía responder a la rabia contendida del alemán, pero se debía, más bien, a un exceso de pánico ante una piña de tres hombres y una mujer acostumbrados a la guerra más sucia.